

Contribución al estudio del Partido Comunista de Costa Rica y la Internacional Comunista

Rodolfo Cerdas

Introducción

El rescate de la documentación referente al Partido Comunista de Costa Rica de los archivos de la Internacional Comunista y su publicación, constituyen una contribución sustancial al conocimiento de un período histórico y de un relevante actor político, el partido comunista de Costa Rica (independientemente de sus diversos y significativos nombres legales), decisivos ambos en el proceso de conformación de la Costa Rica contemporánea.

Como bien dice el Dr. Erik Ching, los materiales encontrados ratifican, más que modifican, los hallazgos fundamentales ya hechos, tanto sobre los antecedentes y la fundación del Partido, como en relación con los rasgos que lo caracterizaron prácticamente hasta 1948, y la naturaleza, los alcances y las limitaciones de sus vínculos y contactos con el Centro, en este caso el así llamado Buró del Caribe.

El intercambio de correspondencia entre el Comité Central y el Buró es hartamente revelador de varios hechos políticos relevantes, entre los que pareciera conveniente subrayar aquellos que pueden

* Doctor en Ciencias Políticas. Docente e investigador U.C.R.

considerarse decisivos, para comprender el comportamiento político último del partido comunista de Costa Rica.

Por esa razón, en este estudio se destacan los siguientes aspectos:

- a) La naturaleza de las relaciones entre el partido y el Buró del Caribe.
- b) La fundación del partido.
- c) El carácter de la revolución en Costa Rica.
- d) La huelga bananera de 1934.
- e) El Bloque de Obreros y Campesinos.

Al final, se deja un acápite para las conclusiones generales, que no hayan sido incluidas en los análisis anteriores.

1. Naturaleza de las relaciones con el Buró del Caribe

En primer término, resulta muy clara la sensación de que las relaciones con la Internacional se mantenían concentradas en un grupo de dirigentes muy reducido, cuando no casi unipersonalmente por el Secretario General, Lic. Manuel Mora Valverde con la asistencia, a partir de cierto momento, de María Isabel Carvajal (Carmen Lyra, que firmaba, al parecer, con el pseudónimo de Rodríguez). La insistencia constante del Buró de que sus comunicados fueran leídos formalmente en el organismo superior del Partido, de que se publicaran íntegros en el periódico Trabajo, y demandas similares en el mismo sentido respecto a muy diversos aspectos, muestra el deseo de trascender al interlocutor personal que recibía la correspondencia e influir en el aparato de dirección. Esto explicaría la ausencia casi total de interés de otros miembros de la Dirección del Partido —Fallas, Cerdas, Lobo, Carballo, etc.— por el estado y desarrollo de las relaciones con la IC; y su concentración en cuatro figuras de importancia, características y actitudes diferentes: Mora y Carmen Lyra, de un lado; Rómulo Betancourt, de su propia parte; y, en menor grado y más como un operacional, de Arnoldo Ferreto, por otro.

Mientras que los dos primeros, especialmente Mora, tenían una visión mucho más política, flexible e independiente, Betancourt y Ferreto se acercaban a la cuestión desde perspectivas diferentes. El primero, porque ubicaba su paso por el Partido costarricense como si este fuera un laboratorio socio-político del cual derivar enseñanzas y aprendizajes útiles, en lo negativo y en lo positivo, para sus proyectos

ulteriores en Venezuela, que era lo que en realidad le interesaba. El último, porque por carácter, formación y estilo, suplía un pensamiento propio por un apego rígidamente dogmático a la doctrina y a los úkases e inepticias del Buró del Caribe, como decía Betancourt en su correspondencia respecto a las sugerencias de la Internacional.¹ Sin embargo, por lo que hace a Betancourt su experiencia de laboratorio lo condujo a alejarse del comunismo y fundar finalmente al Partido Acción Democrática. Y en lo referente a Ferreto, esto no se manifestó ni tomó fuerza sino muchos años después, luego de la guerra civil de 1948 y la crítica de Luis Carlos Prestes a la actuación del Partido en el conflicto, pero sobre todo, luego de que los vínculos con la Unión Soviética se consolidaron después del XX Congreso del PCUS.

En segundo lugar, la documentación en general es testimonio de que las relaciones con la Internacional tendían a ser concebidas por el naciente partido costarricense desde un ángulo de conveniencia y oportunidad y que esto generaba distintos grados de tensión con la IC. Las fricciones evidentes que las cartas expresan en diversos estados de la relación, son testimonio claro de dos hechos interconectados:

- a) Que el Partido esperaba mucho del Buró sin estar dispuesto a dar, en cambio, nada que no fuera una solidaridad militante con la lucha obrera mundial y solo simples declaraciones de fidelidad al comunismo. Estas, táctica y estratégicamente, se disolvían en una independencia real, que no parece mostrar mucha preocupación por el hecho de que con ello se rompían, de hecho, los rígidísimos cánones que regulaban el funcionamiento de la Tercera Internacional.
- b) Que esta, a través del Buró del Caribe, con una paciencia siempre al borde de agotarse, no terminaba de conciliar sus exigencias con la conducta notoriamente social-demócrata, cuando no liberal, y en todo caso poco ortodoxa de su pupilo. Esto condujo al rechazo primero, y al retraso después, del ingreso formal del joven partido a la organización internacional; dificultó el control de sus actuaciones hasta hacerlo inexistente; y restringió la decisiva posibilidad de enviar agentes que ayudaran a ponerlo a tono con las rigideces de la IC.² La autonomía aquí devino independencia.

Esta dicotomía en la concepción y práctica de las relaciones de la Internacional y el partido local, hizo que en una carta del

Buró fechada el 9 de mayo de 1933, se dijera lo siguiente: “Mucho nos extraña la opinión expresada por ustedes en su carta (la que creemos absolutamente incorrecta) de que ‘no hemos tenido mayor interés en las actividades de Uds., y de que los hemos abandonado’.

En primer término el deber más elemental de un C.C. de un P.C. es el presentar informes regulares de sus actividades, copias de sus documentos más importantes, documentos básicos publicados y en general material de propaganda editado por Uds., a los organismos internacionales, y por medio de los cuales estos organismos se podrán informar del estado del P. y prestarles una ayuda más efectiva y concreta...Uds. no han hecho esto, de aquí que nos hallamos (sic) visto obligados a enviarles solamente nuestras directivas sobre las campañas y problemas del movimiento del Caribe, los que han de servir a Uds. (como a todos los demás partidos) de guía para efectuar las campañas. De paso queremos decirles que Uds. no nos han acusado recibo de nuestras circulares y algunas cartas, lo que siempre nos mantiene en la duda de si las reciben o no.”

Y, de una manera especialmente reveladora de lo que se quiere subrayar aquí, agrega lo siguiente:

“Este estado de cosas, tan ineficiente tan solo existe en relación con este partido, ya que con los demás partidos del Caribe mantenemos relaciones regulares. Deseamos nos informen si nuestras cartas y circulares son discutidas por el Comité Central.”

Tiempo después, en 1934, una nueva carta del Buró expresa que “lamentablemente, hace mucho tiempo no tenemos noticias de ustedes. No obstante haberles dirigido una extensa e importante carta, con fecha 23 de octubre último, en la que hacíamos un análisis de las actividades de ustedes, tratando de orientar sus trabajos, no hemos oído una sola palabra de ustedes.” Y afirma, como para que no queden dudas de cuál era la realidad del partido comunista de Costa Rica, lo siguiente:

“Ese P(artido). se distingue entre todos los del Caribe por su aislamiento de este B(uró)...Ese silencio de ustedes significa mantenerse aislados de la dirección internacional, lo cual está muy lejos de corresponder a un Partido que se llama Comunista y desea realizar y acatar los principios y las reglas de la Internacional Comunista.”

“Nos extraña sobremanera que Uds. no nos hallan (sic) enviado copias de los estatutos que Uds. dicen haber elaborado, de manera de poder darles nuestra opinión...”

Y ratifica la independencia real del partido, cuando agrega la carta lo que sigue respecto a los proyectos e iniciativas de ley de sus parlamentarios:

“Aquí como en los otros asuntos tenemos que decir que nosotros sí que no hemos recibido los proyectos elaborados por ustedes sobre el particular, los que han debido ser basados en nuestras directivas y concretizados a la situación de Costa Rica.”

2. La fundación del Partido

La documentación que se publica ratifica el hecho de que la fundación del Partido realmente se produjo, de una manera también particular y excepcional, en el acto fundacional que firmaron Manuel Mora Valverde, Jaime Cerdas Mora, Efraín Jiménez Guerrero, Luis Carballo Corrales y Gonzalo Montero Berry, tres estudiantes de leyes, un zapatero y un carpintero, el 16 de junio de 1931. Veamos por qué se hace la anterior afirmación.

Contrariamente a las suposiciones lógicas pero sin fundamento de Vladimir de la Cruz, previamente al acto de fundación de esa fecha, no hubo ni formación de comités, ni elaboración de documentos, ni discusión de estatutos, ni consulta con el Buró del Caribe. Procediendo también muy a la tica, los fundadores declararon la formación del Partido y se constituyeron en Comité Ejecutivo, sin seguir los trámites preparatorios que naturalmente hubiera seguido cualquier formación política europea.

Detengámonos en esto un momento. De la Cruz sustentó su tesis sobre la fundación del Partido sobre un supuesto que resultó sin fundamento; esto es, que los dirigentes costarricenses habían seguido un proceso preparatorio cuidadoso y bien elaborado anterior a la firma del acta constitutiva inicial del 16 de junio de 1931. Por eso es de sumo interés la opinión del Buró, sobre la base de un razonamiento similar al de De la Cruz, en el sentido de que se debía retrasar la declaratoria de formación del Partido, para cumplir previamente con algunos de esos procedimientos lógicos y obligados que no se habían observado. El Buró, inútilmente, les sugirió formar comités, elaborar documentos, preparar los estatutos, consultar con él y, aprovechada la ayuda que este pudiera brindarles, constituir entonces y solo entonces al partido en una Conferencia. Pero esto lo que hace es poner en evidencia que no fue ese el camino que se siguió finalmente.

Así, en una carta del 13 de enero de 1931, le escriben a los miembros de ARCOS (sic), lo siguiente:

“De lo que nos tratan de la formación de nuestro Partido en esa, es nuestra opinión de que sería muy prematuro hacerlo ahora cuando precisamente no se han sentado todavía las bases sobre las cuales descansará el mismo. Nosotros les sugerimos a ustedes lo siguiente: El trabajo principal es la formación de GRUPOS, ustedes pueden empezar por formar “Grupos Comunistas” en las ciudades y pueblos. Estos Grupos deben ser formados y trabajar abiertamente, desarrollar una campaña de educación entre los mismos, educación que sea al mismo tiempo propaganda y agitación, por medio de conferencias y demás medios de educación. Después que se haya desarrollado este trabajo en varios lugares, es decir que se cuente con un buen número de Grupos, entonces se debe convocar a una Conferencia de Delegados de cada Grupo, (uno o dos por cada grupo) y en esa conferencia se debe decidir la formación del Partido, Programa, Estatutos, Plan de Organización, etc., etc. para lo cual nosotros les suministraremos el material que les sea necesario.”³

La recomendación se hizo en enero (lo más temprano que debe haber llegado esa carta fue a fines de mes o principios de febrero, visto el lento ritmo de intercambio de correspondencia); y la fundación del partido se hizo el 16 de junio siguiente. Es obvio que el cumplimiento de la recomendación del Buró habría llevado mucho más tiempo y que en la práctica no se llevó a cabo. Por eso la conclusión no puede ser otra distinta de que la fundación del partido siguió su propia ruta en el mejor estilo de improvisación y voluntarismo nacional, no obstante las observaciones del *Centro*.

Para los costarricenses, pues, el paso estaba dado; y no había ni sombra de posibilidad de echar marcha atrás. Siguieron adelante y un mes después, en julio y coincidiendo simbólicamente con la toma de La Bastilla, publicaron el primer número del periódico *Trabajo*. Este, con ese nombre, los acompañaría hasta poco después de la guerra civil de 1948. En efecto, después de terminadas las acciones militares y estando en la cárcel o en el exilio toda la dirigencia partidaria, algunos números mimeografiados del periódico circularon, a pesar de la represión y la clandestinidad en que se encontraba el Partido. Más tarde aparecería *Adelante*; y, luego de la crisis de los cohetes en Cuba, el periódico *Libertad*.

En todo caso, con esa otra particularidad del procedimiento seguido por sus dirigentes para fundar el partido; y nuevamente en desatención de las recomendaciones y sugerencias del *Buró del Caribe*, no queda sino concluir que la fundación del Partido Comunista de Costa Rica sí tuvo lugar el 16 de junio de 1931, y no antes ni después.

3. El carácter de la revolución en Costa Rica

Los ejemplos de autonomía e independencia son múltiples y constantes, al extremo de que llega a carecer de interés el continuar subrayándolos. Es mucho más significativo el observar cómo esa laxitud de las relaciones orgánicas entre el Buró y el Partido tiene un trasfondo que en absoluto puede ser subestimado. Me refiero a la cuestión de las particularidades de la sociedad nacional, que el naciente partido no dejaba de tomar en cuenta y que buscaba, por diversos medios, poder asir a profundidad con su metodología marxista.

Es esa una cuestión importante en la que conviene detenerse por varias razones. La primera, porque en lo que a este autor se refiere, se ha malinterpretado y subestimado su especial valoración de las particularidades socio-políticas del régimen costarricense, que era nada menos que el contexto histórico en el cual debía desenvolverse el naciente Partido Comunista. Se ha pretendido, en una lectura errónea, que la *única razón* invocada por este autor para explicar las diferencias y particularidades que caracterizan al Partido Comunista de Costa Rica, se centra en la debilidad de sus vínculos orgánicos con el Buró del Caribe. Se estaría dejando de lado, de ese modo, la naturaleza abierta del sistema político nacional. Esto, desde luego no es así en absoluto.

Aparte de que sobre este tema he insistido en múltiples trabajos y publicaciones⁴, para explicar la evolución política democrática en el país, era imposible no considerar el peso objetivo de esa especificidad política nacional en el desarrollo cultural, institucional y partidario de Costa Rica. Si no fueran bastantes los hechos y particularidades históricas de la evolución nacional, en el caso del joven partido comunista bastaría sopesar en todo su significado la sabrosa anécdota del frustrado intento de secuestro del Presidente Cleto González Víquez, por los futuros dirigentes del Partido Comunista; y la actitud prudente y moderada con la cual reaccionó el Jefe del Ejecutivo ante los jóvenes *cabeza-calientes* que así procedían. Tal reacción civilista y cuasi-paternal del abogado e historiador González Víquez en modo alguno el feroz terrateniente cafetalero que, de modo risible, imaginaban los jefes del *Buró del Caribe* en sus análisis y recomendaciones es ciertamente inconcebible en la Guatemala del General Ubico, El Salvador del General Hernández Martínez o la Nicaragua del General Somoza.

Contrariamente a esa lectura errónea de un supuesto enfoque unilateral que no existe, conviene recordar que uno de los objetivos de la investigación sobre la Internacional Comunista en Centroamérica

tiene que ver, directamente, con el contraste evidente que se dio entre tres procesos revolucionarios distintos ocurridos con muy poco tiempo de diferencia y en un espacio territorial muy reducido. En primer término, el movimiento jefado por Augusto César Sandino en Nicaragua, que fue uno de liberación nacional. En segundo lugar, el salvadoreño, que tomó la ruta de la revolución agraria y social. Y, por último, el costarricense, que desarrolló el único movimiento comunista legal en el área, claramente orientado a la reforma, y el cual se desarrolló en el marco de la única democracia burguesa y liberal existente en el istmo.

Es evidente que para una explicación del desarrollo del movimiento revolucionario marxista en la región, era indispensable ajustarse a la dilucidación de los temas centrales de su metodología y concepción revolucionaria: ¿Cuál es el carácter de la revolución? ¿Cuál es el grado de desarrollo económico-social? ¿Cuáles son las fuerzas motoras del proceso revolucionario y cómo se ubican en la estructura clasista de la sociedad? ¿Qué papel debe jugar la clase obrera y cómo debe ser su relación con el campesinado?

Eso y no otra cosa marcaba que en tres países tan pequeños y diferentes, se dieran tres procesos bien distintos. La falta de contacto orgánico con la Internacional y su Buró del Caribe lo que evitó al partido costarricense fue una dirección política a control remoto; su divorcio con la realidad nacional; el trasplante mecánico de experiencias distintas y la adopción de dictámenes abstractos y ajenos a las condiciones imperantes; pero, sobre todo, le ayudó a no caer en ningún tipo de tentación que lo lanzara a aventuras revolucionarias *putchistas*, ni a seguir consignas que lo hubieran alejado de las masas y acercado peligrosamente a un aventurerismo propio del izquierdismo revolucionario que, en ese tercer período, caracterizaba la dirección política de la IC.

Sin embargo, fue la distinta evolución histórico-política y socio-económica de cada país, pero muy en especial de Costa Rica, lo que le abrió espacio a sistemas políticos diferentes —cerrados en el norte, abiertos en el sur—; y lo que hizo posible una experiencia política tan diferente como la que tuvo lugar en Costa Rica en la década de los 40, con la alianza de los comunistas con el gobierno del Dr. Rafael Angel Calderón Guardia y la Iglesia Católica de Monseñor Víctor Manuel Sanabria, para la gran reforma social de esa década.

Lo que la Internacional Comunista, a través del *Buró del Caribe* no comprendía para todo el llamado mundo colonial, semicolonial y dependiente, y menos aún para Costa Rica, era nada más ni nada menos que *el carácter de la revolución*. Aunque en las cartas se

dan aires de veteranos y maestros, la verdad es que el tema estaba confuso desde el II Congreso de la Internacional y de la interpretación de las llamadas tesis sobre el mundo colonial de Lenin y de M. N. Roy, y nunca se llegó a una clarificación definitiva. La suma que de tales tesis se hizo, no obstante su naturaleza contradictoria, para que fuera la vida y la experiencia las que decidieran sobre su validez última, produjo una constante doble lectura y una permanente confusión política, que el dogmatismo stalinista posterior consagró de manera definitiva.

En el caso costarricense, aunque los jóvenes fundadores del nuevo partido no tenían una respuesta a la cuestión del carácter de la revolución, la buscaban a través de su praxis política concreta. Mientras que sus mentores del Buró del Caribe, que lo que tenían era una grave confusión derivada de un dogmatismo plagado de dualidad, lo que les predicaban, en medio de un doctrinarismo solemne y pedante, no era sino confusión, error y oportunismo. Por eso, en este período, en el PC de Costa Rica triunfó la búsqueda y el método; y no tuvo espacio fértil y fracasaron el dogma y las fórmulas que propiciaba el Buró. Quizá por ello mismo el resultado fue altamente positivo en el país; en agudo contraste con las tragedias que signaron la vida de los otros PC en el resto del área centroamericana o con Sandino en Nicaragua. Piénsese que las consignas recomendadas eran las de poder soviético, confiscación de propiedades de terratenientes y de la iglesia sin indemnización, expropiación de bancos, principales industrias, organización de soviets de obreros, campesinos y soldados, etc.

Un reflejo de esta divergencia profunda, no siempre explicitada, se encuentra en la percepción de la formación, desarrollo y características de las clases sociales en el país, tanto en su naturaleza socio-económica como en su psicología y formación política. En este sentido, es interesante la carta fechada el 23 de octubre de 1933, en la cual se discuten, entre otros extremos, cuestiones teóricas de gran trascendencia práctica. Concretamente se hacen las observaciones siguientes:

“Lo que impide mayores actividades del P. es la falta de claridad por parte de los camaradas acerca del carácter de las relaciones económicas y sociales de Costa Rica, no abordándose los problemas desde el punto de vista y la perspectiva de la revolución agraria, antifeudal, antimperialista y por la liberación nacional, propios del PC de todo país semicolonial. Consecuentemente, la propaganda del P. caracteriza a las masas laboriosas en conjunto como “la clase trabajadora, como “una sola clase” (véase El Grano de Oro) y a veces como “la clase obrera y campesina”. Tal caracterización oscurece las diferencias

existentes entre las diversas capas de las masas laboriosas, impide al P. distinguir los intereses de la clase obrera, asalariada (el proletariado) y los intereses de la masa trabajadora no asalariada (campesinos pobres, medios, artesanos, pequeña burguesía urbana) y lo incapacita para conocer el papel histórico de cada uno de estos sectores en la revolución.”

Así, lo que era obscurecedor para el Buró del Caribe, era clarificador para el Partido costarricense. Pues, como se ha señalado en otro lugar, “La introducción de este término, “clase trabajadora”, hecho por el secretario general del partido para sustituir el inaplicable de “clase obrera”, es revelador del conflicto en que se encontraba un partido comunista como el de Costa Rica, en un país de tradiciones liberal-burguesas bien arraigadas, legalizado, sin una clase obrera industrial que le sirviera de sustento; y constituido, en la realidad, por elementos predominantemente de origen pequeño burgués intelectual y artesanal.”⁵ Debe recordarse, en todo caso, que hasta el fin de sus días, el dirigente comunista costarricense Manuel Mora, su secretario general histórico, utilizó el referido término en sus alocuciones y escritos; su partido siempre fue el de la clase trabajadora.

Este equívoco conceptual de alto significado teórico y práctico, se mantuvo con intermitencias y concesiones verbales por muchísimo tiempo. En el período de análisis, pocas semanas antes del estallido de la huelga bananera de 1934, en una carta del 26 de julio de ese año, se señalaba por el Buró del Caribe, sobre la base de un recuento de las publicaciones del periódico *Trabajo*, lo siguiente:

“Al dirigirnos a ustedes lamentamos no podernos basar en correspondencia ni informaciones de ese C. C. que nos ayudarían a conocer y apreciar más exactamente la situación y los trabajos desarrollados por nuestro Partido en Costa Rica. Así tenemos que limitarnos casi exclusivamente al estudio del periódico “El Trabajo” (sic), órgano Central del Partido comunista....

1. Nos parece que no hay suficiente claridad respecto a los rasgos característicos de la vida económica de Costa Rica, de la política colonial del imperialismo americano, de las relaciones de clase y del carácter de la próxima etapa de la revolución en el país, clarificación necesaria e imprescindible en el trabajo del Partido, en su actividad y táctica.”⁶

Esta discusión teórica que quedaría sin resolverse, y la cual no podemos menos que reconocer que tenía gran trascendencia práctica, se producía al mismo tiempo que el partido costarricense se preparaba para lanzarse a la gran huelga bananera, que sería uno de los eventos socio-políticos más importantes en la trayectoria del movimiento obrero costarricense y centroamericano y del cual apenas sí informaron a posteriori y en busca de solidaridad y apoyo.

4. La gran huelga bananera de 1934

Este evento que marcó la irrupción masiva del partido en la vida política del país y en el desarrollo del movimiento obrero de la región, no fue ni consultado a ninguna instancia internacional, ni contó con la dirección del Buró del Caribe. Como se desprende claramente de la correspondencia publicada, la decisión, organización y dirección del movimiento fue estrictamente nacional, a cargo de la joven e inexperta dirigencia política del PC criollo. Ni siquiera pudieron aceptar un comisionado que había sugerido la casa matriz. En un informe posterior del 15 de octubre de 1934, que más adelante se comenta, se señala lo siguiente: “Como ustedes comprenderán, no podíamos en los días álgidos de la huelga pensar en nombrar el comisionado que pedía la casa matriz. “Hubo, pues, gestión del Buró para enviar un agente durante la huelga; pero éste finalmente no llegó, al margen de si fueron o no ciertas las razones invocadas por Manuel Mora para que eso sucediera. ¿Exceso de trabajo, como se alegó, o manera disimulada para alejar y evitar supervisiones no queridas?

La naturaleza autóctona de la huelga encuentra múltiples formas de confirmación. Así, en una carta sin fecha dirigida al Buró, se informó del “movimiento huelguístico, que bajo la dirección de nuestro partido, se está desarrollando en las plantaciones de banano de la United Fruit Company”. En otras palabras, el acontecimiento tenía lugar de manera autónoma, sin ninguna intervención en la decisión, la preparación y organización de la huelga por parte del Buró, al cual solo se le entera cuando ya el movimiento está en marcha.

En ese mismo documento se señalan otros tres aspectos interesantes de destacar. El primero, es el temor de que en el evento de un desbordamiento de la huelga, pueda darse un golpe de Estado contra el gobierno y el eventual reemplazo de este por uno mucho más reaccionario y represivo. El segundo se refiere a un reclamo sobre la ineficacia de la solidaridad de la IC durante los eventos del 22 de mayo de 1932, cuyo apoyo se califica como mediocre, lo que se espera no se repita en el caso de la huelga bananera en desarrollo. El tercero es una supuesta participación masiva de la población negra en el movimiento, que como es sabido no la hubo, pues su actitud fue más bien la de una colaboración bastante pasiva, a través de alimentos y alojamiento. En este período los dirigentes todavía tenían esperanza de que esa incorporación se diera, lo que ciertamente no sucedió.

Un nuevo informe aparece en la mencionada carta del 15 de octubre, cuando la huelga ya había terminado y las secuelas represivas

afectaban a toda la dirigencia del partido. Allí se hace constar que hasta ese momento no habían podido contestar ni siquiera las cartas de solidaridad que habían recibido –consideradas como muy importantes–, ratificando el carácter estrictamente nacional de la huelga.

Es interesante la evaluación que se hace de la huelga en ese momento, evaluación que posteriormente la vida confirmaría era correcta: la de la primera parte de la huelga, que terminó con un arreglo inobservado por la Compañía; y la de la segunda parte, que acabó con la represión generalizada del movimiento. Esta última, que más tarde se consideraría errónea por haber caído en una especie de provocación de la Compañía, fue acordada por todo el CC del partido; contó con un importante apoyo de masas y efectivamente frenó la campaña calumniosa contra la dirigencia, que afirmaba que esta, en especial Manuel Mora, se habían vendido a la United por 30 mil colones. La secuela de cárcel, heridos y expatriados no impidió que se produjeran mejoras importantes en la vida de los trabajadores bananeros, desde incrementos de salarios, hasta suero butantán contra picaduras de serpientes y quinina contra el paludismo, pasando por la eliminación de los boletos para el pago de los trabajadores.

El documento en análisis permite, pues, establecer que la segunda parte de la huelga fue una decisión conjunta entre los dirigentes directos del movimiento –Fallas y Cerdas– y el Comité Central jefeados por Mora. Y permite también rectificar el intento de corte stalinista de reescribir la historia de la huelga que hizo la dirección del Partido, muchos años después, cuando quiso borrar el nombre de Jaime Cerdas Mora como uno de los principales dirigentes del movimiento. Sobre ambas cuestiones, el Informe en cuestión dice lo siguiente:

“En previsión de los acontecimientos, nosotros habíamos resuelto que Fallas y Cerdas, los dos jefes inmediatos del movimiento, no regresaran de su cuartel general de 25 millas. Cerdas vino a San José y discutimos ampliamente, en el CC, la nueva situación creada. El camarada Cerdas nos trajo la impresión de que, ante la burla de la United, se había galvanizado de nuevo el espíritu de los huelguistas; y que sería fácil lanzar a los trabajadores a un segundo movimiento. Además, que no había otra manera de contrarrestar la calumnia de la United, que estaba adquiriendo una peligrosa difusión en toda la provincia. Después de dos noches de deliberación, acordamos ir a la segunda huelga.”⁷

El divorcio de la IC con la realidad nacional resulta evidente de la carta del Buró del Caribe al CC del PC, de fecha 30 de octubre de ese mismo año, en que analiza y comenta el desarrollo de la huelga. Allí se repiten los slogans carentes de toda realidad, como

“la consigna de la confiscación sin indemnización, etc. de los latifundios, de las tierras del estado, de los terratenientes y de las empresas imperialistas, con todo su ganado e inventario y la entrega de los mismos a los obreros agrícolas, a las masas trabajadoras de campesinos medios y pobres (colonos).”

Donde esa visión de nuestra realidad muestra toda su distancia con el mundo social costarricense, es cuando se recomienda con toda seriedad “la necesidad para el Partido, de empezar inmediatamente un serio trabajo entre las fuerzas del ejército. El Partido deberá elaborar y movilizar a los soldados a la base de sus demandas propias, siguiendo ese trabajo con la organización de células del Partido entre los soldados, así como también de Comités de Soldados..”. Más adelante, y a propósito de que se acercaba el 7 de noviembre, aniversario de la revolución rusa, se recordaba que todo debía conducir a demostrar “a las masas que la única salida revolucionaria para la crisis, es el Poder Soviético.”⁸ ¡Poder soviético para la Costa Rica de 1934, como si tan sólo dos años antes, no hubiera tenido lugar la masacre de El Salvador!

En este mismo sentido es de particular interés la carta del 17 de noviembre siguiente, en que se critican las ilusiones parlamentarias, las desviaciones socialdemócratas y el legalismo demócrata burgués presentes en los análisis del partido, a propósito de la huelga.

Como habíamos mencionado antes, desde un inicio la dirigencia del partido costarricense estuvo preocupada por el eventual aprovechamiento de un desbordamiento de la huelga por grupos de extrema derecha, que podrían intentar derrocar al gobierno liberal y demócrata de Ricardo Jiménez, para sustituirlo por otro represivo. Esto le importaba mucho a esa dirección política, que valoraba las ventajas de contar con los espacios que brindaba el régimen de derecho imperante en el país. Para el Buró esto no tenía mayor importancia que no fuera la de demostrar que el régimen era opresivo siempre y en todo caso; que de lo que se trataba era de seguir una política independiente y no caer en ilusiones democrático-burguesas. Por eso recomendaba seguir una política radical que desenmascarara el parlamentarismo burgués y la democracia del gobierno; que denunciara a los socialdemócratas como sostén principal de la burguesía (¡aquí no había tal movimiento!), y clarificar ante las masas “la necesidad de destruir por medio de la violencia la máquina estatal de los burgueses terratenientes y la creación en su lugar del poder de los obreros y campesinos”, pues no hacerlo y “rechazar el empleo de la violencia por parte de las masas” las lleva “a la concepción de la socialdemocracia, de la revolución pacífica al socialismo por la democracia.”

Amén de que con esto se trasladaban preocupaciones por una socialdemocracia que tenía vigencia en Alemania pero no en Costa Rica; y que se repetían los errores que conducían a contribuir al ascenso de Hitler y el nazismo al poder, las recomendaciones iban a contrapelo de lo que era un saber ya adquirido por la dirección del PC de Costa Rica, y que la acompañaría a lo largo de toda su existencia hasta la crisis de 1969-1970 y la división final de 1984. Esto es: que el movimiento obrero necesitaba para su desarrollo, y era el más beneficiado, de la existencia de un régimen democrático; sin perjuicio de que este debiera ser profundizado y desarrollado, para darle los contenidos económicos y sociales, que su origen demócrata-burgués no le otorgaba. Esa fue la historia del PC de Costa Rica, de su dirigencia y de su máximo líder; y esa fue su mejor contribución al sistema político democrático del país.

5. El Bloque de Obreros y Campesinos

Otro caso interesante lo constituye la creación del Bloque de Obreros y Campesinos, que la IC jamás pareció entender. No es cierto afirmar que el Buró del Caribe aceptó esa fórmula. La combatió no solo porque no la comprendía, sino porque detrás de ella había toda una complicación teórico-ideológica de la mayor importancia en el seno de la IC.

Veamos primero la incompreensión. Esta se dio, porque no era fácil entender el ambiente costarricense, preñado de legalidad, formalismos y diversas formas de adaptación. Así, si se examina la historia del movimiento obrero nacional, se verá que prácticamente nunca se pudo inscribir –hasta fechas muy recientes– un partido que llevara la denominación de comunista.

Ya fuera por temor a las palabras, apariencias frente al extranjero o a los sectores más recalcitrantes; mecanismos psicológicos de desactivación de conflictos abiertos y confrontaciones fuera de las reglas del juego, etc., lo cierto es que los sectores dominantes excluyeron del juego electoral la denominación dicha.

Obviamente, eso no quiere decir que se engañaban con la participación comunista en las elecciones. Desde el Bloque de Obreros y Campesinos toda la clase política nacional sabía perfectamente que se trataba del partido de los comunistas. Como más tarde sería el caso de Vanguardia Popular, el Partido Progresista Independiente, el PASO, etc.

Había, en todo caso, una especie de concesión recíproca que limaba aristas inaceptables para la clase política dominante y, con

ello, hacía aceptable en el sistema la entrada del núcleo comunista en la vida política nacional. Se trataba, en esencia, de un cambio de nombre; pero también de algo más, de naturaleza intangible, que hacía posible la admisión legal y psicológica del nuevo partido en el medio social y político de Costa Rica.

Si se piensa en la América Latina de la época, y en particular de la América Central, Cuba y República Dominicana, es fácil entender la incompreensión de la IC y su Buró del Caribe. Esto era una clave del ballet político criollo, imposible de entender por los revolucionarios puros y duros, pero también dogmáticos y sectarios, que miraban el mundo desde su ubicación en México o Nueva York.

Por lo que hace al trasfondo teórico-ideológico de la cuestión, hay que recordar los reiterados debates de la Internacional a propósito de la cuestión de los partidos campesinos y obrero-campesinos. Sencillamente, esto amenazaba con quitarle su personería independiente al movimiento obrero y poner este a la cola de reivindicaciones que finalmente eran de naturaleza pequeño burguesa, como era socialmente considerado el campesinado. Asimismo, esto impediría atraer bajo la influencia del proletariado a los campesinos pobres y a los jornaleros del agro, quitándoles al primero esos aliados y lanzándolos a la influencia de un campesinado que, librado a solo sus reivindicaciones, no alcanzaba a elevarse más allá de sus necesidades de propiedad y mercado.

El gran debate en la revolución china pasaba por estos términos de la discusión. Y cuando surgió en Brasil el movimiento de Luis Carlos Prestes, el gran temor fue que se desarrollara un movimiento de tipo kuomintanista que hiciera perder su condición de vanguardia al partido comunista.

Debe recordarse, así mismo, que la revolución se consideraba nacional, agraria y antimperialista, lo cual significaba que el poder debía pasar a una alianza del campesinado con la clase obrera, pero bajo la dirección de esta; que se trataba de construir una dictadura revolucionaria de los obreros y campesinos, pero con la reconocida hegemonía del proletariado. Nada de eso era posible, si el partido comunista no conservaba su identidad, su perfil y su independencia de clase. Por eso no tenía cabida ninguna fórmula de partido obrero-campesino.

Aparte de la confusión mencionada, que fue la que predominó en torno al tema, la verdad es que el PC criollo sí buscaba una formación mucho más amplia que la meramente obrera. Por lo demás, era natural que así lo hiciera, porque el país tenía una clase obrera reducida y débil; lo que abundaba eran los artesanos radicalizados,

con un sector de proletariado agrícola en las zonas bananeras, con características muy particulares; un reducido número de intelectuales también radicalizados; y un amplio sector del campesinado, muy conservador, al cual el partido no sabía cómo llegar. En estas condiciones, no es de extrañar que más adelante el PC tratara de participar electoralmente con nombres como los de Vanguardia Popular, Bloque de Obreros, Campesinos e Intelectuales, etc. Detrás del nombre había una concepción mucho más amplia que la rígida del partido proletario leninista; y las orientaciones programáticas e ideológicas tendían a construir, más bien, una organización de vanguardia popular, un movimiento democrático inspirado en el marxismo-leninismo, pero susceptible de promover, encarnar o constituir, según el caso, lo que más tarde llegaría a llamarse el Frente Popular.

En otras palabras, detrás de la cuestión anecdótica del nombre de Bloque de Obreros y Campesinos, estaba en germen la política del frente popular. Este no se importó como un producto ajeno a la conducta propia, que enviara Jorge Dimitrov de Moscú al PC nacional. Al contrario. El discurso del líder búlgaro de la IC más bien vino a autorizar —y por eso cayó de perlas— lo que parecía ser el resultado de una concepción organizativa, ideológica y política pre-existente del PC de Costa Rica.

6. Conclusión

Los documentos publicados constituyen una gran contribución al estudio de la IC en Costa Rica y son una fuente de primer orden para el estudio del movimiento obrero nacional. Requieren, desde luego, ser contrastados con otras fuentes, pero en general reflejan un proceso histórico-social bastante transparente.

Una observación importante radica en afirmar que no es que no hubo ninguna relación con la IC; sino que la que existió fue muy débil, sin una estructura ni naturaleza orgánica; y que, desde un inicio, encontró resistencias políticas e ideológicas en el seno del recién fundado PC de Costa Rica.

Estas relaciones incluyeron ayuda financiera —no otra cosa quiere decirse cuando se habla de facturas y rendición de cuentas—, aunque no parecen haberse concretado gestiones específicas por montos importantes, que en su oportunidad se hicieron formalmente por los encargados de mantener la correspondencia con el Buró del Caribe.

Los documentos ratifican, también, los agentes de la Internacional (entre ellos Jorge Vivó y Dora Zucker); los contactos internacionales

(Martínez de Venezuela, Rodolfo Guzmán en Moscú, por cierto sustituyendo a la candidata inicial que fue Carmen Lyra); las relaciones difíciles con el PC de Panamá y el fraccionalismo e inoperancia de este y sus corrientes a propósito del conflicto fronterizo); y los canales de comunicación y envío de materiales a través de Puerto Limón, donde operaban Abel Dobles Chacón y su grupo.

Pese a todo ello, la autonomía de que gozó el PC de Costa Rica fue casi única en toda la región, como los mismos dirigentes de la Internacional no se cansan de repetir una y otra vez en sus cartas. De hecho, tal autonomía devino en franca independencia. Lo cual hizo que la dirección del PC tuviera que diagnosticar a su leal saber y entender la realidad nacional; y que, sobre esa base, tratara de ensayar respuestas lógicas y coherentes con las particularidades propias de esa sociedad. Todo esto condujo finalmente a que la dirección partidaria intentara afrontar creativamente sus tareas políticas, con inteligencia e imaginación, sin dogmas ni rigideces, como único medio que le permitiría crecer y fructificar en el sistema político nacional.

Fue este factor, junto con la existencia de un sistema político abierto y una cultura democrática generalizada en la población, que condicionaba de un modo favorable el conflicto de clases en el país, lo que permitió al PC de Costa Rica no solo desempeñar el influyente papel que jugó en la construcción y profundización de la democracia nacional y en el avance de la política social en general, sino también que fuera capaz y pudiera proclamar, en un momento determinado, sin arriesgar la cabeza de sus dirigentes, que su bandera no era otra que desarrollar un *comunismo a la tica*.

Notas

1. Cfr. Cartas de Rómulo Betancourt a Mariano Picón Salas, fechada la primera en Las Juntas de Abangares el 10 de febrero de 1932; y la segunda en San José, el 3 de mayo de ese mismo año, en: Estados Unidos de Venezuela, Servicio Secreto de Investigación, Las actividades comunistas en Venezuela. Caracas, 1936; y publicado en edición facsimilar como *Libro Rojo del General López Contreras*, 1936. Ediciones Centauro, Caracas, 1979, pág. 190 y ss., citado en adelante sólo como *Libro Rojo*. Ver asimismo su carta a Valmore Rodríguez, fechada en San José, el 15 de agosto de 1932, pág. 182.
2. Decía Betancourt: "...el tal Buró del Caribe de la Internacional es el más acabado modelo de inepticia y de petulancia palabrera que puede darse. A esta fecha, después de casi un año de contacto con el grupo de aquí, no ha logrado acordarse con él." *Libro Rojo*, ed. cit., pág. 141-142. El manuscrito de esta carta está también en el Archivo Personal de Abel Dobles, Tomo I, Sección Rómulo.

3. Cfr. Carta del 13 de enero de 1931 a los Compañeros del Grupo ARCOS del Secretario del todavía así denominado Bureau Colonial del CPA. Se respeta el texto del original y se advierte que las itálicas son de este autor.
4. Cfr. , por ejemplo, Cerdas, Rodolfo, Costa Rica , en Leslie Bethell and Ian Roxborough (ed.) *Latin America Between the Second World War and the Cold War. 1944-1948, Chapter 10*, pág. 280 y ss, Cambridge University Press, Cambridge, 1992. Ibidem, *Colonial Heritage, External Domination and Political Systems in Central America*, en Louis W. Goodman, William M. LeoGrande, and Johanna Mendelson Forman *Political Parties and Democracy in Central America*, Chapter 2, pág. 17 y ss, Westview Press, Boulder Colorado, 1992. Ibidem, *Costa Rica since 1930* en Leslie Bethel (ed) *The Cambridge History of Latin America. Vol. VII. 1930 to the Present*, Chapter 8, pág. 367 y ss., Cambridge University Press, Cambridge, 1990. E ibidem, *The Communist Internacional in Central America. 1920-36*, St. Anthony's-Macmillan Series, London, 1993. Sobre el punto, sin embargo, para corroborarlo bastaría con revisar el capítulo noveno, titulado *Un eurocomunismo en la Centroamérica de los años treinta*, de mi libro *La hoz y el machete. La Internacional Comunista, América Latina y la Revolución en Centroamérica*, EUNED, San José, 1986.
5. Ibidem, *La hoz y el machete...*, pág. 350 y ss.
6. Cfr. Carta del Buró del Caribe al C. C. del Partido Comunista de Costa Rica, de fecha 26 de julio de 1934, p. 1 y 3. Subrayados míos.
7. Cfr. Carta de Manuel Mora al Buró del Caribe de la IC, de fecha 15 de octubre de 1934. Subrayados míos.
8. Cfr. Carta del Buró del Caribe al CC del PC de Costa Rica, de fecha 30 de octubre de 1934.